

Beatriz Simón

DENTRO DE LAS DIFERENTES EXPRESIONES DEL ARTE, podría considerarse a la música como un medio expresivo puramente abstracto, que se integra a través de vibraciones y silencios que se transmiten a través del espacio y el tiempo. Cuando la música se entrelaza con la voz del canto y nos propone dentro de la melodía los significados que conforman las palabras, se deja de lado la plenitud de su abstracción, entrecruzándose así los significados meramente abstractos con los significados conceptuales propios del lenguaje. En la obra de Beatriz Simón encuentro una analogía con el canto, ya que en ella se aprecia el manejo expresivo de una voz musical compuesta por el sonido de distintos instrumentos, en este caso el trazo, la mancha, el color, el accidente, la textura, que ofrecen una voz perceptible a la emoción, invitando al espectador a experimentar toda la fuerza que en ellos se contiene y, aunado a ello, dentro de este ambiente, aparece entretejida la presencia de lo humano, como figura esbozada en el espacio y como voz escrita que se dice desde el interior. Simón se hace de ambos lenguajes en su obra, pues no deja que en su expresión se le escape nada. Su pintura es música y es canto, es a un mismo tiempo voz abstracta que expresa lo que no puede contenerse en la palabra ni en la forma y a la vez voz visible y objetiva de cuerpos y rostros que le permiten desahogar sus reflexiones sobre la circunstancia humana. El encuentro que hace de ambos medios expresivos es congruente, armonizado por la franqueza y entendimiento de su voz de artista, por la honestidad que impone a su trabajo al atreverse a ser quien ha elegido ser –alejada desde sus inicios de aspiraciones vanas–. Se hacen evidentes en su trabajo la intuición, su conocimiento de la técnica y su capacidad para comprender los grandes misterios que le ha ido revelando el ejercicio del arte.



El estudio de esta obra me ha impuesto deleitarme de su esencia y de su trama, y ahí alcanzo a captar entre pinceladas y líneas una sincera y potente canción a la vida que ella misma encarna, destellando sobre la tela como intensidad o delicadeza de las tonalidades, marcando ritmos compuestos por espacios saturados o vacíos, en los cuales se contiene la quietud pero también la palpitante intensidad de su espíritu: sus silencios y sus alegrías; su llanto, que desfoga la causa perdida; el vigor de su esperanza; el amor por la vida; su constante lucha por alcanzar en la perfección infinita al ser supremo.

EN BUSCA DEL SABER

Desde los inicios el hombre ha buscado conocer acerca de

Izquierda
SENTIMIENTOS ENCONTRADOS, 2008
MIXTA SOBRE TELA
150 X 100 CM
COLECCIÓN PARTICULAR

sí mismo, descifrar su naturaleza humana y espiritual; de la misma manera se ha interesado en entender las leyes que rigen su entorno para así llegar a comprender su misión última en este sector del universo. Es por ello que a lo largo de los años ha dirigido su esfuerzo a buscar y a compilar conocimiento. Esta labor le sigue inquietando pues lo que observa en su alrededor, con las respuestas que hasta ahora ha encontrado, no le deja satisfecho. Podríamos pensar en el conocimiento como algo real y a la vez como algo potencial, es decir: aquello que se conoce o lo que está por conocerse. El primer concepto abarca aquello que existe al haber sido descubierto por uno mismo o por alguien más, aquello que de alguna manera ya ha sido observado, revelado y puesto en evidencia. El segundo concepto, el conocimiento potencial, es aquel que podría derivarse de una nueva experiencia, de la reflexión o reconocimiento de una nueva verdad, o de la creación de un nuevo punto de vista sobre el que se podría conformar un nuevo argumento. Siempre habrá algo más de lo que se pueda saber, que se pueda descubrir, que se pueda crear o que se pueda tomar de la experiencia descubierta, organizada y documentada por otros. Parece ser que el conocimiento, para volverse propio, debe ser observado y comprobado por uno mismo y así dejará de ser un mero dato informativo con muy poca aplicación. Por esto la fuente más importante del conocimiento será siempre la observación y comprensión propias, porque es entonces cuando el conocimiento realmente nos pertenece. No existe un saber absoluto, ni una verdad absoluta; tan solo existe la posibilidad de acercamiento a ello, así que vivimos inmersos en una búsqueda y un encuentro constante de realidades. El conocimiento no debe ni puede ser impuesto como datos para la memoria, pues éste tendría muy poco beneficio en la aplicación. No debe juzgarse al que no sabe la verdad, debe juzgarse a quien pretende saberla y no es así; a quien impide que otros conozcan la verdad para abusar de su ignorancia; a quienes la pervierten para dañar al hombre o al universo. Quien tiene sabiduría, siempre, aunque no lo quiera, mostrará la altitud que el conocimiento y la verdad le confieren. El saber es valioso en la medida en que logre ayudar al hombre

a alcanzar sus objetivos de la manera más constructiva y armoniosa posible con el universo.

El conocimiento del arte debería abarcarlo todo, ya que el arte está hecho de la vida misma. El arte impregna la materia de un significado que sólo el hombre puede aportarle. En la actualidad las artes plásticas enfrentan un entorno en el que se ha dispersado la base de su conocimiento y estudio. El argumento artístico, los propósitos y la definición del arte se pueden intercambiar hoy en día al azar y a la voluntad de "autoridades" que –sin haber ejercido el oficio– dictan y especulan sobre lo que el arte debería de ser y contener. Esto determina que los artistas se vean comprometidos a elegir entre estos caminos "prometedores", que son avalados por la crítica, y lo que sus propios deseos y su sensibilidad les marcan. Por otro lado, el medio restringe la aceptación y valoración de sus obras al respaldo de un título de la "Escuela" o "Academia". En ocasiones el título académico tiene mayor peso que la calidad del trabajo mismo. Así, puede observarse que el artista autodidacta enfrenta esta doble batalla: reconocer y seguir sus intereses y aportar a su obra la suficiente contundencia para que logre sostenerse por sí misma. El artista se mantiene en una búsqueda constante, abrevando en las fuentes del conocimiento en un afán de motivar y enriquecer su inspiración bajo el éxtasis y el drama de la vida, la historia, la cultura, el arte, la reflexión propia y la ajena, a la par que busca conocer a fondo sus herramientas, se explaya en el alcance y manejo de sus elementos a fin de llegarlos a dominar con maestría, y todo ello para que su ejercicio logre vincularse con la voz de su espíritu. El arte es técnica y método, de la misma manera que es virtud; es una habilidad no visible que permite concebir una idea que se construya a sí misma para materializarse en una obra de arte.

El artista se embarca en ese camino de búsqueda y de creación que nunca termina. Su deseo de asirse al infinito lo lleva a nunca estar plenamente satisfecho ni convencido de sus triunfos; para éste siempre habrá algo más que deberá alcanzarse en la siguiente tela, en el siguiente poema, en la

siguiente composición. El artista vive interesado en los misterios del arte y nunca deja de sorprenderse de las verdades que le plantea la existencia. Ellos nos muestran que al practicar y tratar de perfeccionar su oficio nunca dejan de aprender, de enseñarse a sí mismos. Ese es en realidad el camino del arte, en el que todos terminan siendo autodidactas.

Beatriz Simón ha andado por ese camino personal de hacerse pintora a sí misma aprendiendo de sus propios trabajos; a la vez, se ha enriquecido del saber de diferentes maestros a cuyos talleres ha acudido en busca de nuevos contextos que amplíen su comprensión y su destreza; de la misma forma, se ha adentrado en el saber contenido en las obras de los grandes maestros e indagado en los museos y colecciones privadas. Y lo mismo ha hecho en su andar por la vida, manteniendo la mente y el corazón abiertos a sus enseñanzas. Es muy posible que a su deseo de aprender y de mantener un espontáneo intercambio con la vida, agradeciendo con ilusión sus dádivas en forma de pintura, se deba el que siempre haya encontrado apoyo y disposición de sus maestros para compartirle y proveerle en abundancia con materiales y consejos.

BUSCANDO EL CAMINO

Beatriz Simón nació en la ciudad de México en 1962, en el seno de una familia conservadora y tradicional. Es la sexta de nueve hermanos. En esas familias numerosas los hijos acababan educándose unos con otros, y cada cual debía ir buscando su propio mundo y sosteniendo sus puntos de vista, sus inquietudes y deseos, tratando de evitar confundirlos y dejarlos caer en la inercia. El sentimiento artístico no era ajeno a su familia. Como correspondía a las costumbres e idiosincrasia de la época, el arte conformaba parte de la cultura y la educación, pero no era una profesión a la que pudiera optarse como forma de vida; era un pasatiempo. Comenta ella: *"Mis dos abuelos pintaban. Había cuadros de ambos en la casa de mi abuela y de mis tíos, y mi mamá tocaba el piano"*. Desde muy niña descubrió el dibujo y lo maravilloso que era ejercerlo. Constantemente era sorprendida por sus maestros en clase absorta sobre una hoja, captando el perfil de alguna

de sus compañeras o haciendo dibujos de su imaginación. Como decía el maestro Anguiano: "A todos los niños les gusta dibujar, pero solamente algunos cuantos mantienen el interés y lo acrecientan". Su mamá debió advertir la facilidad y el interés que Beatriz mostraba y, junto con otra de sus hermanas, la llevó a tomar clases de pintura, con lo que inició para ella algo que fue tomando forma y que sin saberlo nunca se agotaría. A los quince años fue a aprender francés a Suiza, y aunque parece que lo aprendió con mención honorífica, su principal objetivo fue la pintura. Allí encontró la complicidad de una "monjita", que le daba clases especiales y la ayudaba a salir de su hora de estudio para llevarla a pintar. Al acabar la preparatoria, Beatriz les dijo a sus padres que quería estudiar pintura en San Carlos, pero la respuesta de ellos fue negativa. Le indicaron que debía estudiar algo que no la llevara a ambientes peligrosos y con lo que pudiera sostenerse algún día. Así, acabó estudiando Decoración de Interiores, simplemente con el afán de darse oportunidad de no alejarse de la pintura. A media mañana salía de clases y el resto del día lo dedicaba a pintar. Inició así un camino personal de búsqueda y de encuentros en diferentes talleres.

Llegó un momento en el que Beatriz logró perderle el miedo a los materiales, se volvió diestra en diferentes técnicas, podía trabajar con bastante libertad y seguridad en su oficio y su obra lograba manifestar un encanto que la volvía atractiva y disfrutable. En sus primeras exposiciones logró vender todos los cuadros, algo halagador para cualquier artista, pero lo cierto era que ella no estaba del todo satisfecha y el éxito la incomodaba, como si le marcara un destino prematuro que sofocaba su curiosidad. Al leer los comentarios de los asistentes a una de sus exposiciones, inmersa en estas emociones encontradas, llegó entre ellos a uno que decía: "Casi me logras engañar con tus flores y macetas, pero dame contenido". Como dice ella, ese comentario *"le pegó"*, centrándola en el punto más débil de su obra, la falta de substancia. No bastaba con alcanzar una buena calidad técnica. En ese momento se dio cuenta de que debía encontrar su propia voz, la gran incógnita y lucha que todos los artistas enfrentan: el deseo de



comunicar y de saber qué comunicar. Esta fue la parte más difícil de toda su carrera. Había que romper con todas las recetas y fórmulas que parecían haber funcionado hasta ese momento, eso que parecía haberle gustado a la gente pero que la anclaba a un tiempo y espacio muy limitado. Había que aprender a aceptar echar a perder la tela; había que aprender a probar y fallar una y otra vez, a desafiar el no encontrar la salida, a sobreponerse a la frustración, a desechar y rescatar caminos; a poder aceptar; a reconocerse a ella misma en la tela, a escucharse, a depurarse, a sacudirse todo lo que no quería ser; a superar la invitación de hacerse del éxito de los

demás para encontrar el propio. Beatriz tuvo que aceptar no vender, no exponer, a sufrir en el intento y a recomponerse en el fracaso para poder sostenerse en ella misma.

Todo esto es lo que la ha hecho pintora, y más que ello, la ha convertido en una artista, pues ese lugar tan solo lo alcanza quien puede dejar plasmada la voz del alma, una voz que nunca deberá ser abandonada y que deberá abrirse en nuevos caminos, nuevas portadas, nuevos discursos que le permitan que la llama de la creación nunca se apague y que por encima de ello mantenga su brillo y expanda su intensidad.



UNA OBRA-PINTURA REGOCIJADA EN LA INTIMIDAD

Todo parece dar inicio como en un acto de oración y de recogimiento que la incita al encuentro consigo misma, a reconocer el propio impulso dinámico capaz de crear y de experimentar la afinidad con la vida. De ese sentimiento que logra armonizar las fuerzas del universo emana la fuerza de la estética, y así, surgen líneas, manchas, embarres, chorreados, que parecen tener una lógica y una unidad que sobrepasan a la razón y al pensamiento. En este caso la distribución y el equilibrio son acertados; la ecuación por la que se rigen es exacta, alcanzando un punto de indudable perfección. Muchos de los

artistas que crean bajo estas reglas llegan a pensar que se trata de un arte creado desde el subconsciente, pero lo cierto es que se trata de un arte cuyo nivel de conciencia es simplemente superior al del pensamiento. No es fácil llegar a ese estado de creatividad; se trabaja arduamente para alcanzarlo una y otra vez, cada vez en una nueva unidad de tiempo, bajo

ÚLTIMA CENA, 2002
MIXTA SOBRE TELA
140 X 345 CM
COLECCIÓN PARTICULAR

una nueva motivación, conformando una nueva circunstancia, y así captamos que cada plegaria, que cada canción es completamente diferente a la anterior, que cada una contiene entre sus líneas y entre sus colores una nueva substancia.

Beatriz Simón encuentra la voz de su propio universo en la intimidad de los diálogos a los que su propia reflexión la motiva. Su voz, que en ocasiones desea compartir la introspección y el correr que la vida provoca en ella misma, en otras se alza necesitada de respuestas. El amor, la familia, sus hijas, el ser amado, el sentido de la vida, el devenir del tiempo, los anhelos, los recuerdos, la rebeldía, el sufrimiento, la paz de la conciencia, el contacto con el ser supremo, conforman la substancia de las obras que Beatriz nos muestra. Son todas ellas creaciones que le ha arrancado a su alma de artista, plasmándolas en ambientes abstractos, bien construidas y equilibradas en su estructura y en su argumento estético. Si observamos, en el arte en general están contenidos asuntos que nos son comunes a los seres humanos, y es que el arte refleja la voz del hombre desde la más vasta visión de la existencia, de lo lúdico y lo fantástico hasta las búsquedas más profundas de la conciencia. Esto nos lleva a alcanzar establecer pretenciosamente que la dimensión de una obra estará contenida entre otras cosas en la resolución que logre dársele a su tema, por la coherencia y correspondencia de la forma y por la calidad de la voz traducida en substancia artística. No obstante, aunque resulte difícil calificar el cumplimiento del objetivo que se trazó el artista, lo que sí podemos es advertir el grado en que la obra nos involucra, el grado en que provoca nuestros sentidos y nuestros sentimientos, el grado en que nos envuelve y nos interesa, y más que ello, el grado en que logra seguir interesándonos cuanto más dialogamos con ella. Esta obra es tan expresiva, tan suelta, tan abierta, que nos lleva a reconocer algo nuestro en ella misma, por muy sutil e

imperceptible que parezca, y en este hecho fortuito, no planeado, se establece un vínculo, una conexión que en ciertas obras parece nunca agotarse. Podemos apreciar que, en las obras que Simón nos propone, el sentido de composición fluye con una gran naturalidad permitiéndole, al estilo de Tàpies, partir del accidente, de la línea, de la mancha, hasta llegar a construir y amalgamar una dimensión completa que se sostiene con congruencia, que se amarra y se enriquece a sí misma. Esto se logra gracias a un hilo conductor que guía su creación en todo momento, equilibrando su forma y su contenido, el cual no es otra cosa que la voz propia.

Beatriz es una artista muy constante, tenaz con su trabajo, asidua, inquieta, inconforme, siempre en búsqueda. Cuando encontramos este ímpetu, esta pasión por hacer las cosas, nos podríamos preguntar cómo es que un artista no se cansa de crear, cómo es que se puede invitar una y otra vez a afrontar la tela en blanco, qué es eso que lo conduce, qué es eso que logra seducirlo motivándolo como a los amantes a lanzarse a explorar una y otra vez la tierra incógnita del otro cuerpo para encontrarse extasiados con el palpitante sentir del alma. Creo que el artista reconoce que el espacio nunca es el mismo espacio y que el tiempo nunca será el mismo tiempo, y así, se lanza entusiasmado aspirando consumir su ser con lo infinito. Explorar las posibilidades del espacio, las inagotables opciones del color y de la forma, trabajar los distintos componentes, como el collage, la textura, las veladuras y los empastes siguen convidando a esta pintora a enfrascarse en esta oración diaria, en este juego inagotable que conforma la creación artística. Para ella ningún momento se repite, tan solo un constante presente en el que la vida la conforma, haciendo de la ilusión un hecho y de la creación un canto constante a la vida que logra mágicamente traducirse en pintura. ■

SIRENA, 2002
ACRÍLICO SOBRE TELA
100 X 120 CM
COLECCIÓN PARTICULAR